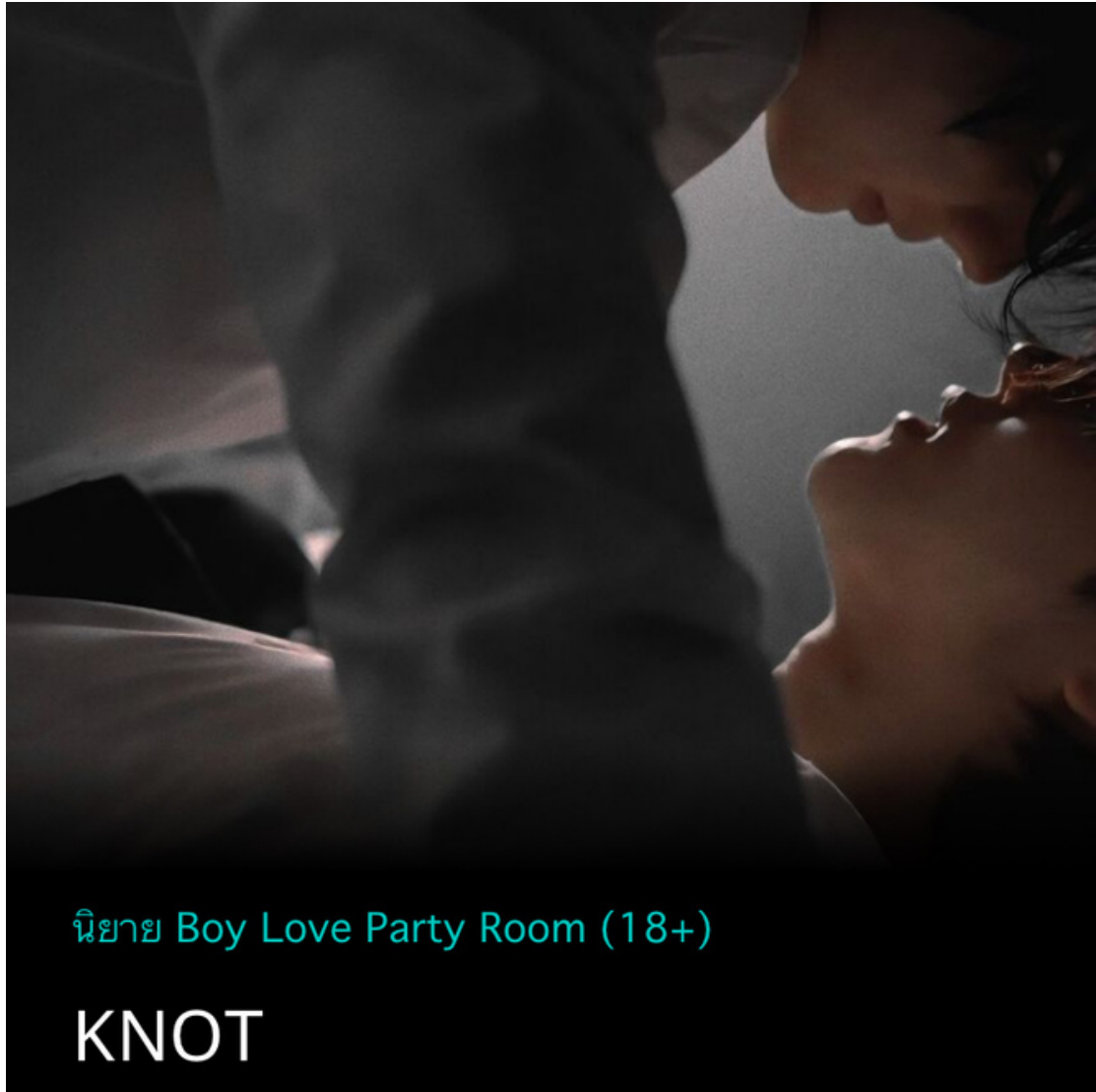




นิยาย Boy Love Party Room (18+)

KNOT

Por Zelynn (escritora)

Traducción de fans para fans sin fines de lucro
apoyar a la escritora

<https://www.readawrite.com>



@Cafe_con_BL





I. El Comienzo

Por: Zelynn

Había un tipo particular de luz que la ciudad vestía al atardecer; una luz que no era lo bastante brillante para llamarse día, pero tampoco lo bastante oscura para llamarse noche. Todo parecía cubierto por tonos dorados pálidos y grises. Los autobuses avanzaban ruidosamente por la calle. La gente se cruzaba de camino a casa. El olor a polvo, humo y rutina flotaba en el aire, como si llevara años haciendo el mismo trabajo.

Y en medio de toda esa monotonía cotidiana, Phatsa se movía silenciosamente entre la multitud de una manera que hacía que las personas lo miraran sin darse cuenta.

Tenía la piel clara y el cabello de un tono suave que atrapaba el resplandor del atardecer, haciendo que destacara un poco más que los demás.

No era grande ni musculoso como esos chicos a los que les gusta presumir su fuerza, sino más bien compacto, ágil y con el cuerpo de alguien siempre listo para moverse. Una camiseta sencilla y unos pantalones comunes se le veían absurdamente bien; no porque fueran caros, sino porque parecía el tipo de persona que seguiría siendo atractivo incluso usando un saco de fertilizante. Caminaba como alguien que sabía exactamente hacia dónde iba. Los hombros rectos. La mirada tranquila. Pasos pausados, pero nunca lentos. Tenía ese tipo de encanto natural que muchas personas pasan toda su vida intentando imitar sin conseguirlo. Y cuando guardaba silencio, la intensidad serena de su rostro hacía parecer que podía soportar más de lo que alguien de su edad debería cargar.

Phatsa no era el tipo de persona que se metía en los asuntos ajenos. O al menos, eso era lo que le gustaba pensar.





Pero ese día, un sonido surgió desde el estrecho callejón junto a un edificio viejo. Al principio parecía una discusión. Pero al escuchar con más atención, había algo extraño en esas voces. No era solo enojo. También había miedo... ese tipo de miedo que te decía que aquello no iba a terminar con un simple "hablemos y resolvámoslo".

Phatsa se detuvo y giró hacia el sonido.

El callejón era angosto, oscuro y sofocante. Las paredes de concreto estaban tan cerca una de la otra que parecían aplastar el aire. En una esquina se acumulaban bolsas de basura negras. Una vieja bombilla sobre una puerta trasera parpadeaba constantemente. Y allí, bajo esa mala iluminación, vio a alguien acorralado contra la pared. Dos hombres estaban a cada lado de él, con expresiones hambrientas de esa clase que te hacía entender al instante que no valían la pena. La persona atrapada entre ellos intentaba empujarlos para apartarlos, aunque era evidente que no tenía suficiente fuerza para hacer mucho.

—¡Suéltense!

La voz resonó corta, aguda y más que suficiente.

Phatsa no se detuvo a pensar. No hizo preguntas. No organizó primero una reunión dentro de su cabeza.

Simplemente se movió.

Al segundo siguiente se lanzó dentro del callejón. El primer tirón hizo que uno de ellos se estrellara contra la pared. El otro se giró furioso, pero Phatsa no le dio tiempo para reaccionar. Lo empujó con fuerza del hombro y le lanzó un puñetazo directo que lo hizo tambalearse hacia atrás.

El caos duró apenas unos segundos.





Maldiciones estallaron por todo el callejón. Los zapatos rasparon con fuerza contra el concreto. Phatsa se movía más rápido y con más precisión de lo que su apariencia hacía imaginar. No peleaba como un idiota imprudente. Peleaba como alguien que entendía el tiempo exacto de cada movimiento; alguien que sabía perfectamente cuándo esquivar y cuándo devolver el golpe. No pasó mucho antes de que los dos hombres comenzaran a perder terreno. Lanzaron unas últimas maldiciones antes de salir huyendo, humillados.

Cuando el silencio finalmente regresó, lo único que quedó fue el sonido de respiraciones agitadas y el olor húmedo del callejón.

Solo entonces Phatsa se giró para mirar a la persona a la que acababa de ayudar.

Y con una sola mirada, entendió por qué esos hombres no querían dejarlo ir.

El hombre era hermoso.

No solo atractivo... hermoso de una manera que parecía tener su propia fuerza extraña. Lo bastante hermoso como para hacer que el aire a su alrededor se sintiera distinto al de cualquier otra persona. Su piel era pálida y fina, casi luminosa incluso bajo las sombras. Sus ojos largos y estrechos todavía temblaban ligeramente por el shock. Sus labios bien definidos permanecían tensos, apenas apretados. Algunos mechones de cabello claro habían caído desordenadamente sobre su mejilla durante el forcejeo, haciéndolo ver frágil, delicado y peligroso al mismo tiempo.

Era el tipo de belleza que hacía que las personas se giraran a mirar, incluso aunque no dijera una sola palabra.

Phatsa frunció un poco el ceño al observar las marcas rojas en la muñeca del otro hombre.

—¿Estás bien?





El otro hombre respiraba con dificultad, todavía intentando recomponerse. Luego levantó la mirada lentamente hacia Phatsa.

Y en ese instante, Sangnuea pareció detenerse por un segundo.

El chico que tenía frente a él era distinto a cualquiera que hubiera conocido. Phatsa estaba allí, bajo la tenue luz del atardecer, con la piel pálida haciendo que las líneas marcadas de su rostro resaltaran aún más. Su cabello claro estaba un poco desordenado por lo que acababa de ocurrir. Su respiración aún no se había estabilizado del todo... pero su mirada era serena. Tan serena que transmitía seguridad. Tan fría y calmada que casi parecía absurdo que, apenas unos momentos antes, hubiera reducido a dos hombres adultos como si no fuera nada.

Hacía mucho tiempo que alguien no corría a salvarlo sin primero preguntarse si valía la pena hacerlo.

—Estoy bien —dijo Sangnuea en voz baja. Su voz era clara y suave, pero todavía temblaba un poco por el susto.

Phatsa lo estudió un segundo más, como si estuviera comprobando si tenía alguna otra herida, antes de preguntar:

—¿Quiénes eran?

Sangnuea dudó. Aquellos ojos hermosos parpadearon, como si estuviera decidiendo cuánto debía decir. Sus dedos pálidos aún rozaban ligeramente su propia muñeca, como intentando mantenerse en calma. Pero al final, el miedo que todavía se aferraba a él aflojó una parte de la verdad.

—No los conozco —dijo en voz baja. Luego hizo una pausa y bajó aún más el tono de su voz—. Pero iban a mordirme el cuello.

Phatsa frunció el ceño de inmediato.





—¿Morderte el cuello?

Sanguenea asintió lentamente. Su rostro se puso aún más pálido, como si solo decirlo en voz alta lo hiciera estremecerse otra vez.

—Sí... Si hubieras llegado un poco más tarde, probablemente ya me habrían mordido.

Phatsa lo miró, completamente desconcertado. Lanzó una mirada rápida al cuello pálido de Sanguenea y luego volvió a su rostro, claramente intentando encontrar una explicación que sonara mínimamente razonable.

—Espera... ¿esos tipos eran pervertidos, vampiros o qué? ¿Quién va por ahí mordiendo cuellos de la nada?

Hizo una pausa y añadió, con absoluta seriedad:

—¿O eran perros?

La pregunta era sincera. Lamentablemente, también era muy Phatsa.

Sanguenea, que hacía apenas unos segundos seguía tenso de pies a cabeza, dejó escapar una pequeña sonrisa sin querer, a pesar de sus ojos enrojecidos.

—No son ninguna de las dos cosas.

—Eso lo hace aún más raro —murmuró Phatsa, frunciendo el ceño antes de entrecerrar los ojos otra vez—. ¿Y es realmente tan grave si te muerden?

Esa pregunta borró la leve sonrisa del rostro de Sanguenea. Guardó silencio, bajando un poco la mirada, como si estuviera midiendo cuánto debía contarle a alguien a quien acababa de conocer. Pero el miedo de lo que acababa de pasar seguía demasiado fresco, y parte de la verdad se le escapó.





—Para mí... —dijo Sangnuea en voz baja— es algo muy importante.

Phatsa alzó una ceja.

—¿Qué tan importante?

Sangnuea apretó los labios por un momento antes de responder con voz baja:

—Lo suficientemente importante como para cambiar mi vida.

Eso hizo que Phatsa se quedara en silencio por un segundo.

No lo entendía del todo—ni siquiera cerca—pero entendía lo suficiente como para saber que ya no era algo de lo que debía bromear. Bajo toda esa belleza y suavidad silenciosa, había un miedo real. El tipo de miedo que iba más profundo que los moretones que cualquiera pudiera ver.

Así que no insistió.

Simplemente asintió levemente y dio medio paso hacia atrás, dándole a Sangnuea suficiente espacio para respirar con más facilidad.

—Está bien.

Recorrió el callejón con la mirada una vez más antes de volver a mirarlo.

—Si puedes caminar, sal de aquí.

Sangnuea siguió mirándolo. Cuanto más lo observaba, más claro se volvía que el chico que tenía enfrente no era guapo de una forma suave o delicada. Era afilado. Un poco burlón. Con una seguridad tranquila en sí mismo. Su quietud no lo hacía parecer frío; de alguna manera, solo lo hacía más difícil de dejar de mirar.





Sanguenea se tocó la muñeca de nuevo y le dedicó una leve sonrisa. Era pequeña, como una flor que acaba de sobrevivir a una tormenta, pero en un rostro tan hermoso, cambiaba por completo el ambiente del callejón.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias. Si no hubieras intervenido... realmente habría estado en problemas.

Phatsa se encogió de hombros como si no hubiera hecho nada particularmente impresionante.

—No es nada.

Le dio a Sanguenea una última mirada rápida de arriba abajo, comprobando que aún podía mantenerse en pie correctamente. Al ver que sí, Phatsa empezó a darse la vuelta como si aquello fuera todo. Había ayudado. La situación estaba resuelta. Fin de la historia.

Pero Sanguenea lo observó apenas un segundo antes de darse cuenta, con una certeza repentina, de que no quería que esa persona se fuera sin dejar nada atrás.

—Espera...

Su voz fue suave, pero lo bastante clara como para hacer que Phatsa se detuviera y volviera a girarse.

Sus miradas se encontraron.

La débil luz de arriba proyectaba un resplandor tenue sobre el rostro de Phatsa, acentuando aún más sus rasgos. Sanguenea apretó los labios, reuniendo valor. No era el tipo de persona que se pusiera nervioso al hablar con alguien.

Pero esto se sentía diferente.





—Aún no sé tu nombre.

Phatsa alzó una ceja, ligeramente sorprendido por la franqueza de la pregunta, y la comisura de sus labios se curvó en una pequeña sonrisa burlona que hizo que su rostro se volviera de inmediato más vivo.

—Qué rápido vas... pidiendo nombres.

Sanguenea sonrió sin poder evitarlo.

—Claro que necesito saberlo. Me salvaste la vida.

Phatsa lo miró un segundo y luego respondió de forma simple, porque no era un hombre de sílabas innecesarias.

—Phatsa.

El nombre salió de su boca con naturalidad, sin ninguna intención de hacerlo sonar especial.

Pero Sanguenea pensó que le encajaba de una forma extraña: directo, fácil de recordar, y de algún modo con el mismo peso silencioso que el propio chico.

—Phatsa... —repitió Sanguenea en voz baja, como si lo guardara en algún lugar dentro de sí. Luego volvió a mirarlo—. Mi nombre es Sanguenea.

Phatsa asintió.

—Buen nombre.

Fue un elogio tan breve, lanzado como si no tuviera importancia. Pero el corazón de Sanguenea dio un pequeño salto. No podía decir si era por las palabras o por quien las decía. Solo sabía que, cuanto más tiempo permanecía allí, más sentía que Phatsa era incluso más encantador de lo que había parecido a primera vista. La frialdad, el tono juguetón, la seguridad natural... todo junto se convertía en algo peligrosamente difícil de dejar de mirar.





Sangnuea dudó un momento, como si estuviera decidiendo si decirlo o no. Luego, para su propia sorpresa, siguió adelante y preguntó.

—Entonces... ¿puedo tener tu LINE?

Phatsa parpadeó.

—¿Mi LINE?

—Sí —respondió Sangnuea rápidamente, aunque su voz seguía siendo suave y educada como siempre—. Quiero agradecértelo como corresponde. Si no hubieras estado allí hoy... realmente habría estado en serios problemas.

Phatsa lo miró en silencio durante un momento.

Mientras tanto, Sangnuea se dio cuenta que estaba extrañamente nervioso de una forma que casi nunca experimentaba. Normalmente no era el tipo de persona que se quedaba esperando la respuesta de alguien así.

Pero Phatsa no lo notó.

Solo pensó un momento y luego soltó una pequeña risa contenida en la garganta.

—Eso suena sospechosamente a que estás a punto de cobrarme una deuda.

Sangnuea también se rió.

—No voy a cobrarte nada.

—¿Seguro?

—Seguro. Como mucho, solo te escribiré para darte las gracias.

Phatsa lo miró una vez más. Al final, simplemente le tendió su teléfono como si realmente no fuera nada importante. Sangnuea parecía inofensivo. Y lo suficientemente hermoso como para hacer que la gente bajara la guardia sin siquiera darse cuenta.





Phatsa solo tenía una cosa clara: ese chico era absurdamente guapo. Tan guapo que su mente ni siquiera se detenía en el hecho de que fuera hombre. Sinceramente, si alguien así de atractivo llegara a ser su novio algún día, no parecía algo por lo que valiera la pena entrar en pánico.

—Dale, agrégate.

Sanguenea tomó el teléfono con cuidado, casi como si estuviera sosteniendo algo valioso. Se agregó rápidamente. Sus manos aún estaban un poco frías por el shock de antes, pero algo cálido había empezado a extenderse en silencio dentro de su pecho.

Cuando le devolvió el teléfono, la sonrisa en su rostro era más brillante que antes.

—Gracias, P' Phatsa.

Phatsa miró la pantalla un instante antes de guardar el teléfono en su bolsillo.

—Claro. Pero si me escribes a las tres de la mañana solo para decir que me extrañas, no lo hagas.

Sanguenea se quedó congelado medio segundo, y luego se rió—una risa real esta vez, la primera desde que todo había salido mal en el callejón.

—Todavía no soy tan valiente.

—¿Todavía?

Phatsa respondió de inmediato, con esa expresión burlona tan irritante otra vez, y Sanguenea se rió aún más.

Y en ese momento, se volvió aún más claro para él que antes: estaba realmente impresionado con Phatsa. No solo porque lo había salvado. Sino porque Phatsa le había hecho sentir seguro. Porque Phatsa lo había hecho reír cuando, apenas unos minutos antes, no podía ni respirar bien del susto.

Y, sobre todo, porque cuanto más lo miraba... más le gustaba.

—Debería irme ya —dijo Sanguenea en voz baja, aunque todavía parecía reacio a apartar la mirada demasiado pronto.





—Sí. Llego bien a casa.

Phatsa respondió de forma breve, como siempre.

Pero después de que Sangnuea diera apenas unos pasos, volvió a girarse. Esa leve sonrisa seguía en su hermoso rostro.

—P' Phatsa.

—¿Hm?

—De verdad me alegra haberte conocido hoy.

Luego le dedicó una última sonrisa antes de alejarse, con el corazón latiéndole más fuerte que antes.

Phatsa se quedó allí mirándolo marcharse durante un segundo, sin pensar nada especialmente profundo ni filosófico.

Solo una cosa muy simple.

Ese chico era ridículamente hermoso.

Después de separarse de Sangnuea, Phatsa salió del callejón con una sensación extraña todavía instalada en el pecho. No era el tipo de persona que cargaba con los asuntos ajenos en la cabeza, especialmente no una situación que debería haber terminado en el momento en que ayudó y cada uno siguió su camino. Pero la imagen de ese chico seguía regresando de todos modos. Ese rostro hermoso hasta lo absurdo. Esos ojos que habían mostrado miedo y cautela al mismo tiempo.

Y todo ese asunto de “morder el cuello”, que sonaba menos a la vida real y más a que alguien había soltado una novela de fantasía melodramática en medio del mundo real.





Phatsa siguió caminando con su expresión tranquila de siempre, pero por dentro nada estaba en calma.

Intentó decirse a sí mismo que ese chico era solo un desconocido con el que se había cruzado por casualidad. Y aunque su rostro fuera tan hermoso que hacía que la gente se girara a mirarlo, eso no significaba que tuviera que seguir pensando tanto en él.

Pero cuanto más intentaba no pensar en ello, más recordaba el momento en que Sangnuea levantó la vista hacia él.

Así que al final, Phatsa cambió de dirección y dejó que sus pasos lo llevaran casi automáticamente al café de Ongsa.

Ese lugar siempre había sido uno al que podía pasar sin necesitar una razón.

Incluso cuando no tenía nada en mente, igual podía ir. Y hoy era dolorosamente obvio que necesitaba a alguien que pudiera explicarle mejor esta situación tan extraña, porque quedarse allí confundido por su cuenta era como un hombre al que le hubiera caído un rayo encima y, aun así, no tuviera ni una sola quemadura para demostrarlo.

La pequeña campana sobre la puerta del café sonó suavemente en el momento en que Phatsa la abrió. El aroma a café recién tostado y pasteles calientes llegó directo hasta él. El local estaba agradablemente tranquilo. Solo unos pocos clientes ocupaban las mesas. La luz pálida entraba por las ventanas y se extendía sobre el suelo de madera y la pequeña estantería en una esquina.

Detrás del mostrador, Ongsa estaba acomodando unos vasos.

Al escuchar la puerta, levantó la vista.

Y la calma habitual de sus ojos se suavizó de inmediato cuando vio quién era.





Ongsa era atractivo de una manera limpia y natural. No tenía una belleza impactante ni era el tipo de persona que hacía que todos a su alrededor se tensaran solo por estar presente, pero había algo en él que hacía que la gente se sintiera cómoda sin darse cuenta. Era un poco más alto que Phatsa, delgado de la manera exacta, con hombros lo bastante anchos como para parecer alguien confiable. Su rostro era suave, atractivo y más amable que el de la mayoría. Y cuando estaba en su propio café, así como ahora, parecía el tipo de persona que había colocado cada cosa exactamente donde debía estar.

En el momento en que Phatsa vio aquella escena familiar, el nudo apretado en su pecho se aflojó un poco.

—¿Hoy no fuiste a ningún lado?

Phatsa se acercó y se apoyó contra el mostrador como alguien demasiado cansado para mantenerse de pie correctamente.

—No fui. Me dio pereza.

Ongsa alzó una ceja.

—¿Pereza de verdad o pasó algo?

Phatsa soltó una pequeña risa casi silenciosa, sabiendo ya que no iba a poder ocultarle nada a ese hombre. No respondió de inmediato. Simplemente recorrió el café con la mirada antes de exhalar profundamente.

—P' Ongsa... ayudé a alguien.

Ongsa dejó de estirar la mano hacia el siguiente vaso y esta vez se giró para mirarlo de verdad. Su mirada se volvió más seria.

—¿Qué clase de "ayudé"?

—Del tipo en el que varias personas estaban a punto de irse encima de él.

—¿Y te metiste?

Phatsa se giró de inmediato.





—¿Perdón? ¿Ahora salvar a alguien cuenta como “meterse”?

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Ongsa.

—Para ti, sí.

Phatsa negó con la cabeza, fingiendo sentirse ofendido, pero al final terminó contándole todo.

Empezó desde el momento en que escuchó aquel sonido extraño en el callejón. Le contó sobre los dos hombres acorralando a alguien. Le contó cómo intervino. Y luego, sin darse cuenta, describió al chico que había salvado con mucho más detalle del que había pensado hacerlo: lo hermoso que era, lo pálido, lo frágil que parecía al principio y, aun así, nada débil.

Ongsa no lo interrumpió. Simplemente escuchó, con ambas manos apoyadas ligeramente sobre el mostrador, dejando que Phatsa hablara hasta terminar. Entonces preguntó lo único que parecía haber captado de toda la historia.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Dijiste que casi le muerden el cuello?

Phatsa frunció el ceño de inmediato.

—Sí. Eso fue lo que también me dejó confundido. Al principio pensé que solo eran unos acosadores normales, pero después de que dijo eso, todo empezó a ponerse raro.

Ongsa guardó silencio un momento, como si estuviera encajando piezas dentro de su cabeza. Cuando volvió a mirar a Phatsa, su expresión se había vuelto notablemente más seria.

—¿Cómo se veía?

Phatsa parpadeó.

—Era... bonito.

—¿Bonito?





—Sí, bonito —dijo Phatsa, como si aquello no debería ser difícil de entender—. Muy bonito. Pálido, delgado, un poco más alto que yo. El tipo de rostro que hace que la gente se gire a mirar cuando pasa por la calle. Y parecía más asustado de que le mordieran el cuello que de que le dieran una paliza.

Ongsa lo observó durante unos segundos antes de soltar un suspiro que sonó a medio camino entre diversión y preocupación.

—Puede que sea un Omega.

Phatsa se quedó inmóvil.

—¿Un qué?...

—Un Omega.

—¿Y qué demonios es un Omega? El único omega que conozco es el Omega-3. ¿Se supone que debo comerlo y volverme más inteligente?

Apoyado contra el mostrador, Ongsa observó la expresión completamente confundida de Phatsa y estuvo a punto de soltar la carcajada.

—De verdad no lo sabes, ¿verdad?

—¿Y cómo se supone que iba a saberlo? —replicó Phatsa de inmediato—. De repente alguien empieza a hablar de mordidas en el cuello como si que lo mordieran significara el fin de su vida. ¿Esperas que no esté confundido?

—Bueno, ese nivel de confusión es comprensible.

—Y tú sigues ahí hablando como si todo esto fuera completamente normal.

Ongsa soltó una risa suave antes de salir de detrás del mostrador. Se detuvo frente a Phatsa, lo bastante cerca como para estudiar claramente su expresión, y luego preguntó, como si estuviera comprobando una última cosa.

—¿Él pudo olerte?

Phatsa parpadeó.

—...Ni idea.





—¿Y tú? ¿Oliste algo de él?

—No —contestó Phatsa enseguida—. En mi vida he sentido un olor extraño en alguien. Perfume, café, polvo, sudor... sí. Pero ¿un aroma místico del destino o algo así? No.

Ongsa asintió levemente, como si esa respuesta no le sorprendiera. Luego se giró, tomó un vaso de agua y lo dejó frente a Phatsa.

—Bien. Entonces escucha con atención.

Phatsa lo miró con sospecha.

—¿Por qué tienes cara de que estás a punto de enseñarme biología?

—Porque estás a punto de aprender algo que la mayoría de las familias nunca explican directamente.

—De alguna manera, esa frase hizo que todo esto sonara todavía más aterrador.

—No intento asustarte —dijo Ongsa con calma—. Intento hacer que entiendas.

Phatsa tomó el vaso de agua y bebió, porque al parecer ahora también lo estaban instruyendo sobre eso, luego dejó el vaso sobre la mesa y cruzó los brazos.

—Bien. Habla.

Ongsa no respondió de inmediato. Se quedó mirando a Phatsa por un momento, como si estuviera decidiendo por dónde empezar. No era el tipo de tema que pudiera explicarse en dos o tres frases ordenadas. Y con alguien como Phatsa —alguien que prácticamente había crecido ajeno a todo ese mundo— abrirle la puerta de golpe probablemente solo lo dejaría aún más confundido.





El café quedó en silencio por un momento. Los únicos sonidos eran la máquina de café al fondo y el leve tintinear de cubiertos desde una mesa lejana. La luz de la tarde suavizaba los rasgos de Ongsa, aunque su mirada se había vuelto mucho más seria que al inicio de la conversación. Phatsa le sostuvo la mirada en silencio. Todavía fingía no darle demasiada importancia, pero en algún lugar dentro de sí ya sabía que lo que estaba a punto de escuchar podría cambiar para siempre la forma de ciertas cosas en su vida.

Ongsa sacó una silla y se sentó frente a él. Luego levantó la mirada y dijo:

—Si voy a explicarte esto correctamente, tengo que empezar por la leyenda.

Phatsa frunció el ceño de inmediato.

—Espera. ¿También hay una leyenda?

Phatsa frunció el ceño de inmediato.

Una pequeña sonrisa tocó la comisura de los labios de Ongsa.

—Por supuesto que sí!. Esta historia es mucho más antigua de lo que crees.

Hizo una pausa, como si estuviera ordenando las palabras en su mente, y luego dio un golpecito suave con un dedo en el borde del vaso.

—Hace mucho tiempo...

.....

Hace mucho tiempo—mucho antes de que los humanos nombraran las estrellas, mucho antes de que el fuego se convirtiera en compañero de la noche, mucho antes de que la gente conociera palabras como reino, linaje o destino...

el mundo no era más que bosques, montañas, ríos y el sonido del viento moviéndose entre la oscuridad, completamente indiferente a si alguien le temía o no.





En aquel entonces, la humanidad era muy pequeña en comparación con la naturaleza. Miraban las tormentas con miedo, el invierno con reverencia y la luna con una pregunta clavada en los huesos: ¿cómo podía una sola luz plateada en el cielo cambiar a las personas, a las bestias e incluso el aire del mundo de forma tan absoluta?

Lo que nunca supieron es que, por encima de las nubes, por encima de las montañas, por encima de las tormentas y mucho más allá del alcance de la vista humana, existía otra raza.

Una raza más antigua que la leyenda, más poderosa que la oración y más aterradora que cualquier pesadilla que los humanos pudieran inventar.

Eran los Dioses Lobo.

Guardianes de los instintos del mundo. Maestros de la caza, el ocultamiento, el hambre, el deseo y la creación misma de la vida.

No gobernaban el mundo con tronos ni coronas. No pedían a nadie que se arrodillara. No les importaba la adoración humana. Gobernaban a través de lo invisible: impulsos enterrados bajo la piel, aromas flotando en el aire, el ritmo de un latido, ese instinto salvaje y antiguo que incluso los humanos nunca habían podido comprender del todo.

Y toda la historia comenzó en una noche en particular.

Una noche en la que la luna llena tiñó el cielo del color de la sangre fresca.

El viento del norte soplaba más fuerte de lo que debería. El bosque temblaba, como si el propio mundo hubiera sentido algo antes que cualquiera.

Y esa noche, Lycaon—el joven Dios Lobo que había descendido del reino más allá de las nubes para observar el mundo humano—dio un paso en falso. Fue atravesado por una espina sagrada que crecía en las grietas abiertas de la montaña.

No era una espina cualquiera. Era algo prohibido, nacido del poder más antiguo del mundo, una fuerza tan primitiva que incluso la sangre divina no podía tocarla sin ser herida...

Lycaon cayó.





Atravesó la niebla, el viento y las copas de los árboles antes de caer violentamente sobre el suelo del mundo humano.

Y por primera vez, la sangre de un Dios Lobo se derramó sobre la tierra.

Quien lo encontró no fue un rey, ni un sacerdote, ni un hechicero, ni ningún guerrero legendario cantado en grandes canciones.

Era simplemente una joven de una tribu guerrera del valle.

Su nombre era Callista.

Y ese nombre significaba “la más hermosa”.

Eso no era una exageración.

Era hermosa —pero no de esa belleza frágil y decorativa que suele alabarse. Era hermosa de esa forma que hace que la gente se detenga incluso cuando está de pie, expuesta bajo el viento frío, sin joyas ni público que la observe. Sin embargo, su verdadero encanto nunca había estado solo en su rostro. Habitaba en unos ojos inteligentes, valientes y gentiles al mismo tiempo. En unas manos dispuestas a mancharse de sangre para salvar a un desconocido. Y en un corazón que elegía la compasión incluso cuando no sabía si aquello que se estaba muriendo frente a ella era un hombre, una bestia o un demonio.

Ella lo salvó.

Le arrancó la espina de la carne. Usó hierbas de la montaña para detener la hemorragia. Encendió un fuego. Lo envolvió en mantas contra el frío. Y permaneció a su lado toda la noche, sin huir.

Incluso aunque sus ojos cambiaban de color a veces.

Incluso aunque colmillos ocultos se asomaban bajo sus labios.

Incluso aunque su cuerpo no era humano en ningún sentido relevante.

Aun así, ella no lo abandonó.





Cuando Lycaon abrió los ojos de nuevo, lo primero que vio no fue el cielo sagrado sobre las nubes, ni a los de su propia especie, ni la luna roja que siempre había conocido.

Fue a una mujer humana dormida junto al fuego, con una mano aún aferrada al borde de su vendaje, como si temiera que, si lo soltaba, el desconocido herido frente a ella desapareciera con el amanecer.

Él nunca había entendido cómo criaturas tan frágiles como los humanos habían logrado sobrevivir en ese mundo.

Hasta que vio el calor en sus manos.

Hasta que vio la misericordia sin condiciones.

Hasta que comprendió que el verdadero coraje tal vez no estaba en matar, sino en elegir proteger, incluso con miedo.

Un día se convirtió en varios.

Y cuidar del herido se transformó en conversación.

La sospecha se convirtió en familiaridad.

Callista le mostró el mundo humano. Le enseñó el sonido de la risa, el sabor del arroz caliente, el olor de la primera lluvia sobre la tierra seca y el cansancio de las personas que construían su vida con sus propias manos.

Lycaon, a su vez, le mostró otro mundo. Un mundo donde el viento nunca era solo viento. Un mundo donde ciertas flores podían invocar la lluvia. Un mundo donde cada bestia tenía su propio lenguaje, aunque los humanos nunca pudieran escucharlo.

Se enamoraron lentamente.

Tan lentamente que ninguno de los dos notó el momento exacto en que ocurrió.





No comenzó con una pasión feroz. No comenzó con un rayo del destino. No comenzó con grandes promesas.

Comenzó con pequeñas cosas.

Con Callista, recordando que él odiaba las noches frías.

Con Lycaon, esperando el sonido de sus pasos cada vez que ella tardaba demasiado en volver.

Con la simple y aterradora verdad de que, cuando uno estaba cerca, el corazón del otro se sentía extrañamente en paz.

Y quizá eso era lo más peligroso de todo.

Porque el amor que crece lentamente siempre es más difícil de arrancar que aquel que arde de golpe como una llama.

Por supuesto, el mundo no iba a permitirselo tan fácilmente.

Los Dioses Lobo creían que los humanos eran demasiado frágiles, de vida demasiado corta e inestables para ser dignos de su linaje.

Y los humanos, por su parte, temían el poder divino, porque todo aquello que era demasiado diferente siempre terminaba siendo llamado peligroso.

Así que su amor tuvo que vivir en secreto: entre sombras, bajo la luz de la luna, dentro de una pequeña cueva en el valle, como si incluso la propia felicidad tuviera que bajar la voz para que el mundo no la escuchara.

Pero cuanto más prohibido era, más crecía.

Y cuanto más el mundo intentaba separarlos, con más fuerza se aferraban el uno al otro.

Hasta que una noche, una vez más bajo la luna roja como la sangre, cuando ninguno de los dos corazones tenía ya nada que negar, Lycaon y Callista unieron sus vidas.

Y de ese amor nació una nueva vida.

Un niño diferente a cualquier otro.





Había nacido en un cuerpo humano, pero algo más antiguo y profundo corría por sus venas.

Era más fuerte que un humano común, percibía los olores y las emociones con mayor facilidad, y su corazón latía al ritmo del instinto. Su cuerpo podía expresar algo sin necesidad de palabras.

Eso eran las feromonas.

No simplemente un aroma, sino un lenguaje ancestral.

Una atracción.

Una advertencia.

Una invitación.

Una señal del destino lo bastante poderosa como para cambiar vidas para siempre.

Con el paso del tiempo, los descendientes de aquel niño se dispersaron silenciosamente por el mundo humano. Algunos linajes conservaron la fuerza de esa sangre. Otros se debilitaron. Algunos parecían completamente humanos, tan normales que nadie sospecharía jamás de ellos. Y otros nacían con las marcas de la sangre divina escritas por todo su ser.

Y al final, aquel linaje se dividió en tres tipos.

Los primeros eran los Alfas.

Ellos heredaron por completo el instinto del líder de la manada: fuertes, decididos, nacidos para mandar, proteger y poseer. Eran el tipo de personas ante las que los demás se apartaban inconscientemente en medio de una multitud. El deseo ardía con más intensidad dentro de ellos. Y una sola mordida podía unir la vida de otra persona a la suya para siempre.

Los segundos eran los Betas.





Los más cercanos a los humanos comunes. Eran como un puente entre el viejo mundo y el nuevo. Tal vez no poseían feromonas abrumadoras ni sufrían temporadas en las que el instinto arrasaba con ellos como ocurría con los demás, pero eso no los hacía débiles. Al contrario. Los Betas eran quienes podían caminar entre ambos mundos con mayor equilibrio. Humanos, sí... pero con la sombra de la sangre divina aún escondida en lo más profundo de su ser.

Y los últimos eran los Omegas...

Seres moldeados como si el cielo hubiera reunido toda la suavidad del mundo y la hubiera convertido en vida. En algunos aspectos eran más delicados, pero en otros poseían un poder extraño y difícil de explicar. Llevaban consigo encanto, atracción y la capacidad de dar vida, algo que la sangre divina valoraba por encima de cualquier otra cosa.

Y por eso los Omegas eran tanto protegidos como deseados. Admirados y oprimidos al mismo tiempo.

Como flores que todo el mundo quería poseer, pero a las que nadie se detenía a preguntar dónde deseaban florecer realmente.

Desde entonces, el mundo humano jamás volvió a ser el mismo.

La sangre de Lycaon se extendió por cada era, cada ciudad y cada linaje familiar. Algunas familias la protegían como si fuera una corona. Otras la enterraban como un secreto. Algunas personas crecían plenamente conscientes de lo que eran. Otras pasaban casi toda su vida sin saber que, dentro de su sangre, la sombra de aquella luna roja había estado dormida todo ese tiempo.

Y así... fue como comenzó el mundo de los Alfas, Betas y Omegas.

Nunca fueron simples categorías.

Eran bendiciones.

Eran maldiciones.

Eran deseo.

Eran cadenas.

Y eran el nudo del destino que unía los corazones humanos con más fuerza que cualquier cuerda en el mundo.

